

por ejemplo, cómo narra él las supuestas disputas de San Bráulio y San Julian con la Santa Sede. Quien siga extensamente el tomo primero de esta nuestra obra, hallará otros ejemplos de este ciego furor con que Masdeu interpreta la historia, siempre que se atraviesan regalías, inmunidad personal ó local, Concilios nacionales, jurisdiccion pontificia, litúrgica gótica, etc.

¿Y todo para qué? Y esto lo más triste. Con ese fantasma de Iglesia española se amparaban decretos como el de Urquijo, y venia á renglon seguido el estupendo canonista, marqués de Caballero, que los suscribia, preguntando con gran misterio si la publicacion de los Concilios de Toledo en la coleccion canónica que preparó el Padre Burriel y que iba á imprimir la Biblioteca Nacional, contendria algunas especies perjudiciales á la potestad real ó á la paz del Estado. Oportunamente le advirtió el fiscal Sierra que los tales Cánones eran más conocidos que la ruda, como que los habian impreso García de Loaysa, Aguirre y Villanúño, por lo ménos. Si no aciertan á ser del dominio público, Caballero, Urquijo y Godoy los prohiben y los mutilan por revolucionarios, teocráticos y anti-regalistas <sup>1</sup> á la manera que *reservadamente* mandaron en 2 de Junio de 1805 quitar de la Novisima Recopilacion las leyes en que se habla de Córtes ó se cercenan algo las facultades del monarca «Conviene más sepultar tales cosas en un perpétuo olvido (decia Caballero) que exponerlas á la crítica de la multitud ignorante».

A tan vergonzoso estado de abyeccion y despotismo ministerial habia llegado España en los primeros años del siglo XIX. La centralizacion francesa habia dado sus naturales frutos, pero era sólo ficticia y aparente. La masa del pueblo estaba sana. El contagio vivia sólo en las regiones oficiales. Todo era artificial y pedantesco: remedo y caricatura del jansenismo y del galicanismo francés, como lo habian sido en Italia el regalismo de la *Historia Civil de Nápoles*, de Giannone, ó las reformas de Escipion Ricci, ó la farsa semi-sacrilega de Pistoya. Aquellos *goticismos* é *hispanismos* cayeron en la arena y no fructificaron. La rueda superior que dirigia toda aquella máquina, ya la descubriremos en el capítulo siguiente.

<sup>1</sup> Vid. *Independencia de la Iglesia Española*, por D. Judas José Romo (2.ª ed.), pag. 463. Allí están las órdenes.

### CAPÍTULO III

#### EL ENCICLOPEDIISMO EN ESPAÑA DURANTE EL SIGLO XVIII

I. El enciclopediaismo en las regiones oficiales. Sus primeras manifestaciones más ó ménos embozadas. Relaciones de Aranda con Voltaire y los enciclopediaistas.—II. Proceso de Olavide y otros análogos.—III. El espíritu enciclopediaico en las sociedades económicas. El doctor Normante y Carcaviella. Cartas de Cabarrús.—IV. Propagacion y desarrollo de la filosofia sensualista. Sus principales expositores: Verney, Eximeno, Campos, Foronda, etc.—V. El enciclopediaismo en la amena literatura. Procesos de Iriarte y Samaniego. Filosofismo poético de la escuela salmantina. Tertulia de Quintana. Sus odas. Vindicacion de Jove-Llanos.—VI. Resistencia ortodoxa. Principales impugnadores del enciclopediaismo. El P. Rodriguez, Ceballos, Valcárces, Forner, el P. Castro, Jove-Llanos, Fr. Diego de Cádiz, etc., etc.

I.—EL ENCICLOPEDIISMO EN LAS REGIONES OFICIALES.—SUS PRIMERAS MANIFESTACIONES MÁS Ó MÉNOS EMBOZADAS.—RELACIONES DE ARANDA CON VOLTAIRE Y LOS ENCICLOPEDIISTAS.



EN LA introduccion de este volúmen, quedan consignados los orígenes, tendencias y caracteres de la impiedad francesa del siglo pasado, vulgarmente conocida con el nombre de *enciclopediaismo*. De Francia irradió á toda Europa, contagiando á reyes, príncipes y ministros, á todos los rectores de los pueblos, á la vieja aristocracia de la sangre, y á las otras dos, de las letras y de la banca, que desde Voltaire y desde el sistema económico de Law, habian comenzado á levantar la cabeza. Al pueblo llegaron los efectos mucho más tarde, y sólo despues que sus monarcas habian agotado los esfuerzos para descristianizarle y corromperle. Por de contado que ellos fueron las primeras víctimas, en cuanto rompió

la valla el furor de la plebe amotinada. ¡Cuán ciego es quien no ve la mano de la Providencia en las grandes expiaciones de la Historia!

Los estragos de la Enciclopedia en Italia y en España son más subterráneos y difíciles de descubrir que en Rusia ó en Alemania. Es preciso hacer un estudio analítico y minucioso, atar cabos sueltos, y seguir atentamente los más ténues é imperceptibles hilos de agua, hasta dar con el escondido manantial de toda la política heterodoxa que estudiamos en el capítulo anterior. Por otra parte, en España, donde es tal la penuria de Memorias, relaciones y correspondencias, y tratándose del siglo XVIII, que casi todos los españoles miran por instinto como época sin gloria, y que apenas estudia nadie, la dificultad sube de punto, y ningún dato es pequeño ni despreciable, ora venga de los documentos escritos, ora de la tradición oral (aunque pobre y desmembrada), cuando se trata de conocer el estado moral de una época tan cercana á nosotros, y tan remota, sin embargo, de nuestro conocimiento, por más que contuviera en germen todos los errores y descarríos de la presente.

Producciones literarias francamente volterianas ó traducciones que no fuesen clandestinas, no las hay ciertamente hasta fines del siglo, pero si antes no se ve al monstruo cara á cara, harto se le conoce por sus efectos en las regiones oficiales, por lo que informa y turce el espíritu económico, por el colorido general que imprime á las letras y por el clamor incesante de sus impugnadores. Todo esto será materia de estudio en el capítulo presente.

No bastan las tradiciones regalistas, no basta el jansenismo francés ó pistoyano, para explicar aquella lucha feroz, ordenada, regular é implacable, que los consejeros de Carlos III y de Carlos IV, los Arandas, Rodas, Moñinos, Campomanes y Urquijos, emprendieron contra la Iglesia en su cabeza y en sus miembros. Y cuando vemos repetirse el mismo hecho en todas las monarquías de Europa, y á la filosofía sentada en todos los tronos, y que á Pombal responde Choiseul, y á Choiseul Tanucci, y á Tanucci Kaunitz, y que Catalina II civiliza á la francesa á los tártaros y á los cosacos, y que Federico de Prusia, ayudado por el Patriarca, remeda en Postdam juntamente los gustos de Tiberio y los de Juliano el Apóstata, mientras que el emperador de Austria José II, poseído de extraño y pedantesco furor canonista, arregla, como *Sacristan mayor*, las iglesias de su imperio: en medio, digo, de todas estas coincidencias y del método y de la igualdad con que todo se ejecuta, ¿quién dudará ver en

todo el continente un solo movimiento cuyo impulso inicial está en Francia, y del cual son dóciles adeptos y servidores, cual si obedeciesen á una secreta consigna, todos esos consejeros, reyes, ministros y hasta Obispos?

Los hechos hablan muy alto. Limitémonos á España, y al tiempo de Carlos III. Ya sabemos que Roda, escribiendo á Choiseul, con nada menos se contentaba, despues de la expulsión de los jesuitas, que con exterminar á la Madre, es decir (como él añade con cinico desenfado, para evitarnos todo peligro de mala inteligencia): *Nuestra Santa Madre la Iglesia Romana*. Tal era *le mot d'ordre*, mejor dicho, la bandera y el grito de toda la escuela: «*Ecrassez l'infame.*»

De la impiedad del conde de Aranda y de sus relaciones con los enciclopedistas nadie duda. Recorramos las obras de Voltaire: ¿dónde buscar más autorizado testimonio?

«Aunque los nombres propios (leemos en el *Diccionario Filosófico*) no sean objeto de nuestras cuestiones enciclopédicas, *nuestra sociedad literaria* se ha creído obligada á hacer una excepcion en favor del conde de Aranda, Presidente del Consejo Supremo de España y Capitan general de Castilla la Nueva, el cual ha comenzado á cortar las cabezas de la hidra de la Inquisicion. Justo era que un español librase la tierra de este monstruo, ya que otro español le habia hecho nacer (Santo Domingo).... Las caballerizas de España estaban llenas, desde hace más de quinientos años, de las más asquerosas inmundicias: lástima grande era ver tan hermosos potros, sin más palafreneros que los fráiles, que les oprimian la boca y les hacian arrastrarse en el fango. El conde de Aranda, que es excelente ginete, empieza ya á limpiar los establos de Augias de la caballería española. Bendigamos al conde de Aranda, porque ha limado los dientes y cortado las uñas al monstruo <sup>1</sup>».

En prosa y en verso no se cansó Voltaire de celebrar á Aranda. Así exclama en la oda *A mi bajel*:

«Véte hácia esas columnas, que en otro tiempo separó el terrible hijo de Alcmena, domador de los leones y de la hidra, el que desafió siempre el ódio de las celosas deidades. En España encontrarás un nuevo Alcides, debelador de una hidra más fatal: él ha rasgado la venda de las supersticiones y sepultado en la noche del sepulcro el infernal poder de la Inquisicion. Dile que hay en Francia un mortal que le iguala <sup>2</sup>».

<sup>1</sup> *Oeuvres complètes de Voltaire* (ed. de 1820 de l'imprimerie Carez), tomo XXXIII, pág. 421.  
<sup>2</sup> *Oeuvres complètes de Voltaire*.... Poésies, tomo IV (1821), págs. 172 y 173.

Va plutôt vers ces monts qu'autre fois sépara  
 Le redoutable fils d'Alcmène,  
 Qui dompta les lions, sous qui l'hydre expira,  
 Et qui des dieux jaloux brava toujours la haine.  
 Tu verras en Espagne un Alcide nouveau,  
 Vainqueur d'une hydre plus fatale,  
 Des superstitions déchirant le bandeau,  
 Plongeant dans la nuit du tombeau  
 De l'Inquisition la puissance infernale.  
 Dis lui qu'il est en France un mortel qui l'égale.

El conde de Aranda quedó encantado de verse comparar en términos tan retumbantes con el hijo de Alcmena, desquijarrador del león nemeo. Y en muestra de agradecimiento envió á Voltaire exquisita coleccion de vinos españoles, donó gratisísimo para el viejo Patriarca de Ferney, que los celebró, como buen *gourmet*, en una poesía ligera y nada edificante, que se llama en las ediciones *Jean qui pleure et qui rit*: «Cuando por la tarde, en compañía de algunos libertinos y de más de una mujer agradable, como mis perlices y bebo el buen vino, con que el conde de Aranda acaba de adornar mi mesa: cuando lejos de bribones y de tontos, sazono los entremeses de un delicioso almuerzo con las gracias, las canciones y los chistes, lego á olvidarme de mi vejez, etc., etc.»

Et je bois les bons vins  
 Dont monsieur d'Aranda vient de garnir ma table <sup>1</sup>.

El regalo de Aranda era espléndido: no sólo envió muestras de nuestros mejores vinos, sino porcelanas, sedas, paños y toda manera de productos de la industria nacional. Voltaire le escribía desde Ferney: «Señor Conde, tengo la manufactura de vuestros vinos por la primera de Europa. No sabemos á cuál dar la preferencia, al Canarias ó al garmacha, al malvasía ó al moscatel de Málaga. Si este vino es de vuestras tierras, deben de caer muy cerca de la tierra prometida. Nos hemos tomado la libertad de beber á vuestra salud, en cuanto han llegado. Juzgad qué efecto habrán hecho en gentes acostumbradas al vino de Suiza. Vuestra fábrica de media porcelana es muy superior á la de Strasburgo. Mi alfarería es, en comparacion

<sup>1</sup> *Oeuvres de Voltaire, Poésies*, tomo II (IX de la coleccion), pág. 503.

de vuestra porcelana, lo que Córcega en cotejo de España. Tambien hago medias de seda, pero las vuestras son de una delicadeza admirable. De paños no tenemos nada. Vuestros hermosos merinos, de lana tan suave y delicada, son desconocidos aquí.... Recibid, señor, el testimonio de mi profunda admiracion por un hombre que descende á todos estos pormenores en medio de tan grandes cosas. De seguro que en tiempo del duque de Lerma y del conde-duque de Olivares no tenia España tales fábricas. Conservo como reliquia preciosa el decreto solemne de 7 de Febrero de 1770 <sup>1</sup>, que desacreditó un poco las fábricas de la Inquisicion: Europa entera debía felicitarlos por él. Si alguna vez quereis engalanar el dedo de una ilustre dama española con un reló en forma de anillo.... adornado de diamantes, sabed que sólo en mi aldea se hacen, y que estoy á vuestras órdenes. No lo digo por vanidad, porque es puro acaso el que ha traído á mi pueblo al único artista que trabaja en estos pequeños prodigios. Los prodigios no deben desagradaros <sup>2</sup>.»

Bien dice el príncipe de la Paz en sus *Memorias* que á Aranda le embriagaron los elogios de los enciclopedistas, que se habian propuesto reclutarle para sus doctrinas, y que adoptó sin exámen cuanto de malo, medianó y bueno <sup>3</sup> habia producido aquella secta. Y siendo hombre de tan terca voluntad como estrecho entendimiento, oyó á los franceses como oráculos, fué sectario fanático, y adquirió más que la ciencia, la ambicion y los ardores de la escuela <sup>4</sup>. «Es un pozo profundo, pero de boca angosta» decia de él el napolitano Caraccioli.

A Cárlos III llegó á hastiarle tan desembozada impiedad, y sin duda por eso le mantuvo casi siempre lejos de la córte, en la embajada de París, donde trató familiarmente al Abate Raynal y á D'Alembert, que acabaron de volverle el juicio con sus elogios. «Rousseau me dice que, continuando España así, dará la ley á todas las naciones (escribía Aranda á Floridablanca en 7 de Junio de 1786), y aunque no es ningun doctor de la Iglesia, debe tenersele por conecedor del corazon humano, y yo estimo mucho su juicio» <sup>5</sup>.

Los franceses creian á Aranda capaz de todo. Por entonces vino á España un mozalvete, que decian el marqués de Langle, quien

<sup>1</sup> El que quitó á la Inquisicion las causas de bigamia.

<sup>2</sup> *Oeuvres de Voltaire*, tomo LIV de la edicion citada, pág. 342.

<sup>3</sup> ¿Qué entenderia por bueno D. Manuel Godoy?

<sup>4</sup> Prosigue hablando el Príncipe de la Paz, cuyas *Memorias*, atribuidas comunmente al abate D. Mariano Sicilia, son muy curiosas, amenas y dignas de leerse, aunque escritas en perverso castellano, como el que se hablaba á principios del siglo.

<sup>5</sup> Ferrer del Río, *Historia de Cárlos III*, pág. 43 del tomo IV.

publicó en 1784, con el pseudónimo de *Figaro* (entonces de moda por la comedia de Beaumarchais), un *Viaje por España*, lleno de necedades y dislates, más que ningun otro de los que sus compatriotas han escrito sobre la Península. Allí dice textualmente <sup>1</sup>: «El conde de Aranda es el único hombre de quien puede envanecerse al presente la monarquía española: el único español de nuestros días, cuyo nombre escribirá la posteridad en sus libros. Él había propuesto admitir en España todas las sectas sin excepcion, y quería grabar en el frontispicio de todos los templos, reuniéndolos en una misma cifra, los nombres de Calvino, de Lutero, de Confucio, de Mahoma, del Preste Juan, del gran Lama y de Guillermo Penn. Quería que en adelante, desde las fronteras de Navarra hasta el Estrecho de Gibraltar, los nombres de *Torquemada*, *Isabel*, *Inquisicion*, *autos de fé*, se castigasen como blasfemias. Quería, por último, poner en venta las alhajas de los Santos, las joyas de las Virgenes, y convertir las reliquias, las cruces, los candeleros, etc., en puentes, canales, posadas y caminos reales.»

El marqués de Langle era un señorito de sociedad, ignorantísimo y petulante. Si á Aranda ó á cualquier español de entonces se le hubieran ocurrido tales desvarios, no se habría hallado en Zaragoza jaula bastante fuerte para encerrarle. Pero se trae aquí este testimonio, para probar el crédito que tenia Aranda entre los *hermanos* (frase de Voltaire).

Bien dijo Pio VI que los ministros de Cárlos III eran hombres *sin religion*. Aquel monarca, piadoso pero cortísimo de alcances, y dirigido por un fráile tan ramplon y vulgar como él, estaba literalmente secuestrado por la pandilla de Aranda y Roda, que Voltaire llamaba *coetus selectus*. Léase la siguiente carta del Patriarca de Ferney al marqués de Miranda, *Camarero mayor del Rey de España*, escrita en 10 de Agosto de 1767:

«Señor, teneis la audacia de pensar libremente en un país, donde esta libertad ha sido las más veces mirada como un crimen. Hubo tiempo en la corte de España, sobre todo cuando los jesuitas dominaban, en que estaba casi vedado el cultivo de la razon, y era mérito en la corte el embrutecimiento del espíritu.... Al fin lograis un ministro ilustrado (*¿Aranda ó Roda?*) que tiene mucho entendimiento y permite que otros le tengan. Sobre todo, ha sabido conocer el vuestro, pero las preocupaciones son todavía más fuertes que vos

<sup>1</sup> *Voyage de Figaro en Espagne. A Saint-Malo*, 1784, 8.ª, pág. 224. (Parece edicion furtiva.)

y que él.... Teneis en Madrid aduana de pensamientos: á la puerta los embargan como si fuesen géneros ingleses.... Los griegos esclavos disfrutan cien veces más libertad en Constantinopla que vosotros en Madrid. Os pareceis á aquella reina de las *Mil y una noches*, que siendo fea con extremo, castigaba de muerte á todo el que se atrevía á mirarla cara á cara. Tal era, Señor, el estado de vuestra corte hasta el ministerio del conde de Aranda, y hasta que un hombre de vuestro mérito se acercó á la persona de S. M. Pero aún dura la tiranía monacal. No podeis descubrir el fondo de vuestra alma sino á algunos amigos íntimos, en muy pequeño número. No os atreveis á decir al oído de un cortesano lo que diria un inglés en pleno Parlamento. Nacisteis con un ingenio superior: haceis tan lindos versos como Lope de Vega: escribis en prosa mejor que Gracian. Si estuviéseis en Francia, se os creeria hijo del Abate Chaulieu y de madame de Sevigne. Si hubiéseis nacido inglés, seriais oráculo de la Cámara de los Pares. ¿Pero de qué os servirá esto en Madrid? Sois un águila encerrada en una jaula y custodiada por lechuzas.... En Madrid y en Nápoles los descendientes del Cid tienen que besar la mano y el hábito de un dominico. Los fráiles y los curas son los que engordan con la sangre de los pueblos. Supongo que habeis encontrado en Madrid una sociedad digna de vos, y que podeis filosofar libremente en vuestro *coetus selectus*. Insensiblemente educareis discípulos de la razon: educareis las almas, asimilándolas á la vuestra, y cuando llegueis á los altos puestos del Estado, vuestro ejemplo y vuestra proteccion dará á las almas el temple de que carecen. Basta con dos ó tres hombres de valor, para cambiar el aspecto de una nacion.... ¡Ojalá, Señor, que podais encadenar al ídolo, ya que no podais derribarle !!»

Contra Aranda se recibieron cuatro denuncias en la Inquisicion, y aún resultó complicado en el proceso de Olavide <sup>2</sup>, pero su alta dignidad le escudó lo mismo que á Azara (tan volteriano en sus cartas), á Campomanes y á Roda. Olavide pagó por todos, como veremos en el paragrafo siguiente, aunque por modo de amonestacion se hizo asistir á su *aulillo* al gobernador del Consejo y á otros grandes señores de la corte.

El volver de los sucesos castigó providencialmente á Aranda en tiempo de Cárlos IV. Apasionadísimo por la causa de la república francesa, tuvo en Aranjuez, el 14 de Mayo de 1794, áspera disputa

<sup>1</sup> Voltaire, tomo LII, VIII de la *Correspondencia*, págs. 629 á 632.

<sup>2</sup> Llorente, *Histoire Critique*, tomo II, pág. 533.

con el omnipotente Godoy, y dejándose llevar de su ruda y aragonesa sinceridad, única condición que le hace simpático, dijo durísimas verdades al privado en la presencia misma del rey. Aquella tarde, y con el mismo arbitrario y despótico rigor con que él había tratado á los jesuitas, fué expulsado de la corte y conducido de castillo en castillo hasta su villa de Épila, donde murió confinado en 1798. ¡Cuán inapeables son los caminos del Señor! <sup>1</sup>

¿Murió Aranda como cristiano ó como gentil? Un documento oficial, su partida de defunción, citada por Ferrer del Río, asegura que el conde recibió los Sacramentos de Penitencia, Santo Viático y Extrema-Únion. La tradición del país, referida por D. Vicente de la Fuente, afirma que Aranda persistió en su impenitencia, y que el capuchino, que á ruegos de la familia entró á auxiliarle, salió llorando, sin que en adelante quisiera declarar cosa ninguna <sup>2</sup>. Habiendo sido Aranda pecador público y enemigo jurado de la Iglesia, incurso en las censuras del capítulo *Si quem clericorum* del Tridentino, necesaria era una retractación pública y en toda forma, de que no hay en Épila el menor vestigio, y por tanto, la duda subsiste en pié. *Publice peccantes, publice puniendi.*

<sup>1</sup> Parece que Godoy, después de la caída de Aranda, tuvo empeño en que el Santo Oficio le procesase. El inquisidor general, D. Manuel Abad y la Sierra, que era jansenista, se negó á hacerlo, y de resultados tuvo que renunciar su cargo. Sobre esto se lee en el *Diario Indito* de Jove-Llanos (pág. 197): «El inquisidor cayó por no haber perseguido al siego (el viejo era Aranda): díjole Manolito un día que era preciso procesarle: respondió que se iría informando; pasaron dos meses: preguntéle cómo iba de ello, dijo no hallar causa: irritado aquí le repuso..... (aquí una frase mal sonante); insinuósele que pretestase su sordera para retirarse: ésto por carta confidencial: respondió, que siendo la causa anterior, fuera cosa ridícula alegarla por pretexto: pero se le mandó expresamente y lo hizo. Dicese ó ténese que se le haga causa por una carta que se supone haber escrito á un defensor de ciertas conclusiones, asegurándole que estuviese tranquilo, porque sus principios estaban acordes».

Godoy, en sus *Memorias*, lo cuenta todo al revés, y supone que él libró á Aranda de un proceso inquisitorial. Nueva prueba de la mala fé con que aquellas *Memorias* están escritas.

<sup>2</sup> Así lo oyó el Dr. La Fuente á un capuchino aragonés, del convento de Jarque, patrimonio de la casa de Aranda. (Vid. *La Corte de Carlos III*, Madrid, 1867, pág. 55, y la segunda parte del mismo folleto, Madrid, 1868, págs. 135 á 142.) El conde de Aranda yacía en el monasterio de San Juan de la Peña, hasta que fueron á sacarle de allí y pasearle en irrisoria pompa, con otros muertos de más honrada fama, los promovedores de la farsa del *Panteon Nacional*. Al cabo, Aranda, como gloria progresista, legitimamente les pertenecía.

## II.—PROCESO DE OLAVIDE (1725-1804) Y OTROS ANÁLOGOS.

CON Pablo Olavide era peruano y hombre de toga. Habíase dado á conocer, siendo oidor de la Audiencia de Lima, en el horrible terremoto que padeció aquella ciudad en 1746. Al reparar los efectos de aquel desastre mostró serenidad, aplomo y desinterés no vulgares, y por su mano pasaron los caudales de los mayores negociantes de la plaza, dejándole con mucha reputación de íntegro. Así y todo, no faltó quien murmurase de él, sobre todo por haber construido un teatro con el fondo remanente después de aquella calamidad. Se le mandó venir á Madrid y rendir cuentas. Propicia se le mostró la fortuna en España. Gallardo de aspecto, cortés, elegante y atildado en sus modales, ligero y brillante en la conversacion, cayó en gracia á una viuda riquísima, que decían Doña Isabel de los Ríos, heredera de dos capitalistas, y logró fácilmente su mano <sup>1</sup>.

Desde entonces la casa de Olavide en Leganés y en Madrid fué punto de reunion para lo que ahora llamaríamos buena sociedad ó *high life*. En aquel tiempo los salones eran raros y más fácil el monopolio del buen tono. Olavide, agradable, insinuante, culto á la francesa, con afecciones filosóficas y artísticas que alimentaba en sus frecuentes viajes á París, ostentoso y espléndido, corresponsal de los enciclopedistas y gran leyente de sus libros, hacia ruidoso y vano alarde de sus proyectos innovadores. Aranda se entusiasmó con él y le protegió mucho, haciéndole Síndico personero de la villa de Madrid y Director del Hospicio de San Fernando. Los ratos de ocio dedicábalos á las bellas letras: puso en su casa un teatro de aficionados como era moda en los *chateaux* de Francia y como lo hacia el mismo Voltaire en Ferney; y para él tradujo algunas tragedias y

<sup>1</sup> Acerca de Olavide véanse: Coxé (adicionado por Murie), cap. LXVII, tomo IV de la traducción española, págs. 244 á 247, y lo que dice el mismo Murie en una nota á su *Gobierno del Señor Rey D. Carlos III ó Instrucción Reservada para dirección de la Junta de Estado que creó este Monarca* (París, 1838); Ferrer del Río *Historia de Carlos III*, tomo III, lib. IV, cap. I Cueto (D. L. A.) *Boquetejo histórico-crítico de la poesía castellana en el siglo XVIII*, cap. XIV; La Fuente (D. Vicente) *Historia Eclesiástica de España*, tomo IV, pág. 67, é *Historia de las Sociedades Secretas*, tomo I, pág. 132, y muchas biografías sueltas de Olavide, esparcidas en varios periódicos y revistas, sobre todo una de D. Angel Fernández de los Ríos, publicada en la *Ilustración Española y Americana*. He tenido á la vista, en tomos de papeles varios, diferentes relaciones del autillito de fé en que fué penado. Téngase además en cuenta la biografía satírica que citaré luego.

comedias francesas. Moratin<sup>1</sup> le atribuye sólo la *Zelmira*, la *Hipermenestra* y *El desertor francés*, pero D. Antonio Alcalá Galiano<sup>2</sup> añade á ellas una que corrió anónima de la *Zaida* («Zayres») de Voltaire, tan ajustada al original, que de ella se valió como texto Don Vicente García de la Huerta para su famosa *Jaira* (tan popular todavía entre los ancianos que recogieron algo de la tradición de aquel siglo), convirtiendo los desmayados y rastreros versos de Olavide en rotundo y bizarro romance endecasílabo. Realmente Olavide nada tenía de poeta, ni en lo profano, ni en lo sagrado, que después cultivó tanto: sus versos son mala prosa rimada, sin nervio, ni color, ni viveza de fantasía. A veces, traduciendo á Voltaire, le sostiene el original, y á fuerza de ser fiel lo hace mejor que Huerta. Así en estas palabras, casi últimas, de Orosman:

Dí que la amaba, y dí que la he vengado....  
(*Dis que je l'adorais, et que je l'ai vengé.*)

Pero estos aciertos son raros. Era medianísimo en todo, de instrucción flaca y superficial, propia no más que para deslumbrar en las tertulias, donde el prestigio de la conversacion suple más altas y peregrinas dotes. Con esto y con dejarse llevar del viento de la moda filosófica, no al modo cauteloso que Campomanes y otros graves varones, sino con todo el fogoso atropellamiento de los pocos años, de las vagas lecturas y de la imaginación americana, Olavide cautivó, arrebató, despertó admiración, simpatía y envidia, y acabó por dar tristísima y memorable caída.

Pero antes la protección de Aranda le ensalzó á la cumbre, y en 1769 era Asistente de Sevilla. De aquel tiempo (22 de Agosto) data su famoso plan de reforma de aquella Universidad, el más radicalmente revolucionario que se formuló por entonces<sup>3</sup>. Todo él respira el más rabioso centralismo y ódio encarnizado á todas las fundaciones particulares y libertades universitarias. Laméntase de que «Es-

<sup>1</sup> *Catálogo de piezas dramáticas del siglo XVIII*, pág. 329 del tomo de sus Obras, edición de Rivadeneira.

<sup>2</sup> *Lecciones de literatura del siglo XVIII*..... Madrid, imp. de la Sociedad Literaria y Tipográfica, 1845, pág. 243. La trad. de Olavide se imprimió por dos veces en Barcelona, la primera sin año, la segunda en 1782, por Cárlos Gibert y Tuó (Vid. *Sempere y Guirinos* en el artículo de *Huerta*).

<sup>3</sup> *Sempere y Guirinos* lo omite, pero puede leerse extractado en el libro de D. Antonio Gil y Zárate *De la Instrucción pública en España* (Madrid, imp. del Colegio de Sordo-Mudos, 1855), páginas 50 á 62. Gil y Zárate la elogia mucho; y es natural. Después de todo, allí está en germen el desdichado plan del 45.

paña sea un cuerpo compuesto de muchos cuerpos pequeños, en que cada provincia.... sólo se interesa en su propia conservación, aunque sea con perjuicio y depresión de las demás, y en que cada comunidad religiosa, cada colegio, cada gremio, se separe del resto de la nación para reconcentrarse en sí mismo». «De aquí proviene aquel fanatismo con que tantos han aspirado á la gloria de *fundadores*, queriendo cada particular establecer una república aparte con leyes suyas y nuevas: vanidad que se ha introducido hasta en la religión y en la libertad de los que mueren.... Por estos principios se puede hoy mirar la España como un cuerpo sin vida ni energía, como una república monstruosa, formada de muchas pequeñas que mutuamente se resisten». Difundiase, por de contado, en largas inectivas contra los colegios mayores, pero aún trataba peor, y con supina ignorancia y ligereza, al escolasticismo. «Este es aquel espíritu de error y de tinieblas que nació en los siglos de ignorancia.... Mientras las naciones cultas, ocupadas en las ciencias prácticas, determinan la figura del mundo ó buscan en el cielo nuevos luminares, nosotros consumimos nuestro tiempo en vocear las *cualesidades del ente* ó el *principium quod* de la generación del Verbo». ¿Para qué queremos teología ni metafísica? «Son cuestiones frívolas é inútiles (dice Olavide), pues ó son superiores al ingenio de los hombres, ó incapaces de traer utilidad, aun cuando fuese posible demostrarlas.... Así se ha corrompido la simplicidad y pureza de los principios evangélicos».

Olavide era un iluso de filantropía, pero con cierta cándida y buena fé que á ratos le hace simpático. Allá en Sevilla protegió á su modo las letras, y sobre todo la Economía Política, y alentó y guió los primeros pasos de Jove-Llanos. De su tertulia y con ocasión de una disputa sobre la comedia *Iarmoyante* de La Chaussée y la tragedia *bourgeoise* de Diderot, salió *El delincuente honrado*, drama algo lánguido y declamatorio, pero tierno y bien escrito, si bien echado á perder por la monotonía sentimental del tiempo, como que su ilustre autor se propuso «inspirar aquel *dulce horror* con que responden las *almas sensibles* al que defiende los *derechos de la humanidad*». Rasgos tan inocentes como éste, y más cuando vienen de tan grande hombre como Jove-Llanos, no deben perderse ni olvidarse, porque pintan la época mejor que lo harían largas disertaciones. La *Julia* y el *Tratado de los delitos y de las penas* entusiasmaron por igual á aquellos hombres, y para que la afectación llegase á su colmo, juntaban la mascarada pastoril de la Arcadia con la filantropía francesa,

llamándose entre ellos el *mayoral Jovino* y el *facundo Elpino*. Éste era Olavide, y su amigo le cantaba así, en versos sáficos bien poco afortunados:

Quando miraba del cimientu humilde  
Salir erguido el majestuoso templo,  
El ancho foro, y del facundo Elpino  
La insigne casa.

Quando al anciano documentos graves  
Daba, y al jóven prevenciones blandas  
Y á las matronas y á las *pastorcillas* —  
Santos ejemplos.

Jove-Llanos conservó siempre muy buen recuerdo de Olavide, por fortuna de éste, puesto que basta la amistad de tal varon para salvarle del olvido y hacer indulgente con él al más áspero censor. Ni en próspera ni en adversa fortuna flaqueó el cariño de Jovino, que aún describía en 1778 á sus amigos de Sevilla

Mil pueblos que del seno enmarañados  
De los Marianos montes, pátria un tiempo  
De fieras alimañas, de repente  
Nacieron cultivados, dó á despecho  
De la rabiosa envidia, la esperanza  
De mil generaciones se alimenta:  
Lugares algun día venturosos,  
Del gozo y la inocencia frecuentados,  
Mas hoy de Filis <sup>1</sup> con la tumba fria,  
Y con la triste y vacilante sombra  
Del sin ventura Elpino ya infamados  
Y á su primero horror restituidos <sup>2</sup>.

Entre los mil proyectos, más ó menos razonables ó utópicos, que en aquella época de inconsciente fervor economista se propalaban para remediar la despoblacion de España y abrir al cultivo las tierras eriales y baldías, era uno de los más favorecidos por la opinion de los gobernantes el de las colonias agrícolas, hoy tenido por remedio pobre é insuficiente. «Colonizar (ha dicho el vigoroso autor

<sup>1</sup> Una hija de Olavide, llamada Doña Engracia.

<sup>2</sup> *Obras de Jove-Llanos* (ed. Rivadeneira), págs. 41, 22 y 77.

de la *Poblacion rural*) es un pensamiento caduco, que ni todos los disfraces de la ambicion, ni los asefites de la moda, podrán rejuvenecer <sup>1</sup>.

Pero en el siglo XVIII aún no habia aclarado la experiencia lo que hoy vemos patente, y parecian muy bien las colonias, como todo medio artificial y rápido de poblacion y cultivo. Ya Ensenada habia pensado establecerlas, y en tiempo de Aranda volvió á agitarse la idea con ocasion de un *Memorial* de cierto arbitrista prusiano, que se hacia llamar D. Juan Gaspar Thurriegel. Campomanes entró en sus designios, redactó una consulta favorable en 26 de Frebrero de 1767, y sin dilacion tratóse de poblar los yermos de Sierra-Morena, albergue hasta entonces de foragidos, célebres en los romances de ciego y terror de los hombres de bien. Thurriegel se comprometió á traer, en ocho meses, 6.000 alemanes y flamencos católicos: y la concesion se firmó el 2 de Abril de 1767, el mismo día que la pragmática de expulsion de los jesuitas.

Para establecer la colonia, fué designado con título de Superintendente, Olavide, como el más á propósito por lo vasto y emprendedor de su índole. No se descuidó un punto, y con el ardor propio de su condicion novelera y con ámplios auxilios oficiales, fundó en breve plazo hasta trece poblaciones, muchas de las cuales subsisten y son gloria única de su nombre. Fué aquél para Olavide una especie de idilio campestre y filantrópico, una *Arcadia sui generis* como la que Gessner fantaseaba en Suiza. Por desgracia propia el Superintendente no se detuvo en la poesía bucólica, y pronto empezaron las murmuraciones contra él, entre los mismos colonos. Un suizo, don José Antonio Yauch, se quejó en un *Memorial* de 14 de Marzo de 1769 de la falta de pasto espiritual que se advertia en las colonias, á la vez que de malversaciones, abandono y malos tratamientos. Confirmó algo de estas acusaciones el Obispo de Jaen: envióse de visitadores al consejero Valiente, á D. Ricardo Wall y al marqués de la Corona, y tampoco fueron del todo favorables á Olavide sus informes. Entre los colonos habian venido disimuladamente vários protestantes, y en cambio faltaban clérigos católicos de su nacion y lengua. De conventos no se hable: Aranda los habia prohibido para entonces y para en adelante, en términos expresos, en el pliego

<sup>1</sup> D. Fermín Caballero *Fomento de la poblacion rural*, Madrid, Imprenta Nacional, 1864, página 15. Libro que aparte de sus yerros progresistas en materia de amortizacion eclesiástica debe citarse como monumento insigne de buena fé, de sabiduría práctica y de hermosa y rica lengua castellana, que el autor hablaba como el más culto labrador del buen tiempo. Quizá no es tan española la misma *Ley Agraria*.

de concesiones que ajustó con Thurriegel. Al cabo vinieron de Suiza capuchinos, y por Superior de ellos Fr. Romualdo de Friburgo, que escandalizado (aunque extranjero) de la libertad de los discursos del colonizador, hizo causa común con los muchos enemigos que éste tenía dentro del Consejo y entre los émulos de Aranda. Las imprudencias, temeridades y bizarrías de Olavide iban comprometiéndole más á cada momento. Ponderaba con hipóboles asiáticas el progreso de las colonias, y sus émulos lo negaban todo. Él se quejaba de los capuchinos que le alborotaban la colonia <sup>1</sup>, y ellos de que pervertía á los colonos con su irreligión.

Al cabo, Fr. Romualdo de Friburgo delató en forma á Olavide en Setiembre de 1775 por hereje, ateo y materialista, ó á lo ménos naturalista y negador de lo sobrenatural, de la revelación, de la Providencia y de los milagros, de la eficacia de la oración y buenas obras: asíduo lector de los libros de Voltaire y de Rousseau, con quienes tenía frecuente correspondencia: poseedor de imágenes y figuras desnudas y libidinosas: inobservante de los ayunos y abstinencias eclesiásticas y distinción de manjares: profanador de los días de fiesta, y hombre de mal ejemplo y piedra de escándalo para sus colonos. A esto se añadían otros cargos risibles como el de defender el movimiento de la tierra, y oponerse al toque de las campanas en los nublados y al enterramiento de cadáveres en las iglesias.

El Santo Oficio impetró licencia del rey para procesar á Olavide (aprovechando la caída y ausencia de Aranda), y se le mandó venir á Madrid, para tratar de asuntos relativos á las colonias. Él temió el nublado que se le venía encima y escribió á Roda, pidiéndole consejo. En la carta (que es de 7 de Febrero de 1776 \*) le decía: «Cargado de muchos desórdenes de mi juventud, de que pido á Dios perdón, no hallo en mí ninguno contra la religión. Nacido y criado en un país, donde no se conoce otra que la que profesamos, no me ha dejado hasta ahora Dios de su mano por haber faltado nunca á ella: he hecho gloria de la que, por gracia del Señor, tengo; y derramaria por ella hasta la última gota de mi sangre.... Yo no soy teólogo, ni en estas materias alcanzo más que lo que mis padres y maestros me enseñaron conforme á la disciplina de la Iglesia.... Y estoy per-

<sup>1</sup> Carta de Olavide á Compomanes en 13 de Mayo de 1770: «Y ojalá pudiera despedir á algunos, que por su génio discolor y poco prudente.... nos excitan y perturban, excitando á los colonos á quejas y disgustos, en lugar de aquietarlos y aconsejarlos bien....» (Apud Ferrer del Rio, tomo III, pág. 44.)

<sup>2</sup> Carta á Roda (Archivo de Simancas *Proceso de Olavide*). Vid Ferrer del Rio, *Historia de Carlos III*, tomo III, pág. 47 á 501.

suadido á que en las cosas de la fé de nada sirve la razon, porque no alcanza.... siendo la dócil obediencia el mejor sacrificio de un cristiano.... Es verdad que yo he hablado muchas veces con el mismo Fr. Romualdo sobre materias escolásticas y teológicas, y que disputábamos sobre ellas, pero todas católicas, todas cónformes á nuestra santa religion.... Él podrá interpretarlas ahora, como su necedad le sugiera, pero (áun dejando aparte mi religion) ¿qué prueba hay de que fuera yo á proferir discursos censurables delante de un religioso que yo sabia ser mi enemigo, que escribia contra mí á todos, y que, hasta en las cartas que incluyo, me tenía amenazado con la Inquisicion?»

Roda, que tenía en el fondo ménos religion que Olavide, pero que á toda costa evitaba el ponerse en aventura, le dejó en manos del Santo Oficio, contentándose con recomendar la mayor lenidad posible al Inquisidor general. Éralo entonces el antiguo Obispo de Salamanca D. Felipe Beltran, varon piadoso y docto, no sin alguna punta de jansenismo, é inclinado por ende á la tolerancia con los innovadores. Así y todo, los cargos eran graves y tuvo que condenar á Olavide, pero le excusó la humillacion de un auto público, reduciendo la lectura de la sentencia á un autillo á puerta cerrada, al cual se dió, sin embargo, inusitada solemnidad. Verificóse ésta en la mañana del 24 de Noviembre de 1778, con asistencia de los duques de Granada, de Híjar y de Abrantes, de los condes de Mora y de Coruña, de vários consejeros de Hacienda, Indias, Órdenes y Guerra, de tres oficiales de Guardias y de vários Padres graves de diferentes religiones. Aquel acto tenía algo de conminatorio: recuérdese que entre los invitados estaba Campomanes. La Inquisicion, aunque herida y apertillada, daba por última vez muestra de su poder ya mermando y decadente, abatiendo en el Asistente de Sevilla al volterianismo de la córte y convidando al triunfo á sus propios enemigos.

Olavide salió á la ceremonia sin el hábito de Santiago, con extrema palidez en el rostro, y conducido por dos familiares del Santo Tribunal. Oyó con terror grande leer la sentencia, y al fin exclamó: «Yo no he perdido nunca la fé, aunque lo diga el fiscal». Y tras esto cayó en tierra desmayado. Tres horas habia durado la lectura de la sumaria: los cargos eran 66 confirmados por 78 testigos. Se le declaraba hereje convicto y formal, miembro podrido de la religion: se le desterraba á cuarenta leguas de la córte y sitios reales, sin poder volver tampoco á América, ni á las colonias de Sierra-Morena, ni á Sevilla: se le reclusa en un convento por ocho años,



para que aprendiese la doctrina cristiana y ayunase todos los viernes; se le degradaba y exoneraba de todos sus cargos, sin que pudiera en adelante llevar espada, ni vestir oro, plata, seda, ni paños de lujo, ni montar á caballo: quedaban confiscados sus bienes é inhabilitados sus descendientes hasta la quinta generacion.

Cuando volvió en sí hizo la profesion de fé, con vela verde en la mano, pero sin corozo, porque le dispensó el Inquisidor, así como de la fustigacion con varillas.

Los enemigos de Olavide (que tenia muchos por el asunto de las colonias) se desataron contra él indignamente despues de su desgracia. Corre manuscrita entre los curiosos una sátira insulsa y chavacana, cuyo rótulo dice: *El siglo ilustrado, vida de D. Guindo Cerezo, nacido, educado, instruido y muerto segun las luces del presente siglo, dada á luz para seguro modelo de las costumbres, por D. Justo Vera de la Ventosa*<sup>1</sup>. Es un cúmulo de injurias sándias, despreciables y sin chiste. Por no servir, ni para la biografía de Olavide sirve, porque el anónimo maldiciente estaba muy poco enterado de los hechos y aventuras del personaje contra quien muestra tan ciego ensañamiento.

A muchos pareció excesivo el rigor con que se trató á éste, y quizá lo era, habida consideracion al tiempo, en que las penas de infamia iban cayendo en desuso. Sobre todo, parecia poco equitativo que se castigasen con tanata dureza las imprudencias de un subalterno, mientras que seguian impunes, no por mejores sino por más disimulados ó más poderosos, los Arandas y los Rodas, enemigos mucho más pestíferos de la Iglesia.

Olavide era una cabeza ligera, un *enfant terrible*, ménos perverso de índole que largo de lengua, y sobre él descargó la tempestad. Comenzó por abatirse y anonadarse, pero luego vino á mejores pensamientos, no cayó en desesperacion y la fé volvió á su alma. Retraido

<sup>1</sup> No sé que el *Don Guindo* se haya impreso nunca. Yo le tengo manuscrito, dádiva de mi amigo y maestro D. Cayetano Vidal y Valenciann, catedrático de la Universidad de Barcelona. Júzguese de lo que será el libro por este epitafio con que el autor le termina:

El que macho nació tan ilustrado,  
El que instruido fué con tantas luces,  
El hombre más civil contra andaluces,  
El timbre luminoso de un Estado,  
El bachiller D. Guindo el alumbrado (a),  
El capitán valiente contra cruces,  
El marido que obtuvo más capuces,  
El juez más recto contra el inculpaado.

(a) Alumbrados ó iluminados llamaban muchos á los impíos del siglo XVIII en España, por suponerlos de la secta que fundó Weishaupt en Alemania, y de que dió tantas noticias el abate Barruel.

en el monasterio de Sabagun, sin más libros que los de Fr. Luis de Granada y el P. Señeri, tornó á cultivar con espíritu cristiano la poesía que habia sido recreacion de sus primeros años, y compuso los únicos versos suyos que no son enteramente prosáicos. Llámansen en las copias manuscritas *Ecos de Olavide*<sup>1</sup> y vienen á ser una paráfrasis del *Miserere*, que luego incluyó retocada en su traduccion completa de los *Salmos del Real Profeta*:

Señor: misericordia: á tus piés llega  
El mayor pecador, mas ya contrito,  
Que á tu infinita paternal clemencia  
Pide humilde perdon de sus delitos.

.....  
A mis oidos les darás entonces  
Con tu perdon consuelo y regocijo,  
Y mis huesos exánimes y yertos  
Serán ya de tu cuerpo miembros vivos.

.....  
Porque si tú quisieras otra ofrenda,  
Ninguna te negara el amor mio,  
Pero no quieres tú más holocausto  
Que un puro amor y un ánimo sumiso.

.....  
Señor, pues amas y deseas tanto  
A tu siervo salvar, dispon benigno  
Que en la inmortal Jerusalem del alma  
Se libre de tu amor el edificio.

El arrepentimiento de Olavide ya entonces parece sincero, pero aún no habia echado raíces bastante profundas. Era necesario que la desgracia viniera á labrar en aquella alma (superficial y distraida), no como sobre arena, sino como sobre piedra. Burlando la confianza del Inquisidor general, y no sin connivencia secreta de la córte, huyó á Francia, y allí vivió algunos años, con el supuesto título de *conde del Pilo*<sup>2</sup>, trabando amistad con vários literatos franceses, especialmente con el caballero Florian, ingenio amanerado y de buena

<sup>1</sup> *Liricos del siglo XVIII*, coleccionados por D. Leopoldo A. de Cuesto, tomo III (lib. VII de la Biblioteca de Rivadeneyra), pág. 503.

<sup>2</sup> Vid. Llorente, *Histoire Critique de l'Inquisition*, tomo II, págs. 543 á 547, que toma en buena parte sus noticias del *Nouveau Voyage d'Espagne*, publicado en Paris por Regnault en 1789.

intencion, discreto fabulista y uno de los que acabaron de enterrar la novela pastoril. Olavide le ayudó á refundir la *Galatea* de Cervantes, mereciendo que en recompensa le llamase «español tan célebre por sus talentos como por sus desgracias».

Los enciclopedistas recibieron en triunfo á Olavide, y aunque de España se reclamó su extradicion, el mismo Obispo de Rhodéz, en cuya diócesis vivía, le dió medios para refugiarse en Ginebra. La revolucion le abrió de nuevo las puertas de Francia y le declaró ciudadano adoptivo de la república una é indivisible, con lo cual, tornando él á su antiguo vómito, escribió contra los fráiles <sup>1</sup> y compró gran cantidad de bienes nacionales. La conciencia no le remordia aún, y esperaba vivir tranquilo en cómodo aunque inhonesto retiro. Pero no le sucedió como pensaba. Dejémosle hablar á él mismo, en mal castellano, pero con mucha sinceridad:

«La Francia estaba entonces cubierta de terror y llena de prisiones. En ella se amontonaban millares de infelices, y los preferidos para esta violencia eran los más nobles, los más sábios ó los hombres más virtuosos del reino. Yo no tenia ninguno de estos títulos, y por otra parte esperaba que el silencio de mi soledad y la oscuridad de mi retiro me esconderian de tan general persecucion. Pero no fué así. En la noche del 16 de Abril de 1794 la casa de mi habitacion <sup>2</sup> se halló de repente cercada de soldados, y por orden de la Junta de Seguridad general fuí conducido á la prision de mi departamento <sup>3</sup>. En aquel tiempo la persecucion era el primer paso para el suplicio. Procuré someterme á las órdenes de la divina Providencia..... ¡Pero pobre de mí! ¿qué podría hacer yo? Viejo, secular, sin más instruccion que la muy precisa para mí mismo, y encerrado en una cárcel con pocos libros que me guiasen y ningunos amigos que me dirigiesen <sup>4</sup>.

Y más adelante, Olavide se retrata en la persona de «aquel filósofo que no dejaba de tener algun talento, y que nació con muchos bienes de fortuna. Pero habiendo recibido en su niñez la educacion ordinaria, habia aprendido superficialmente su religion: no la habia estudiado despues, y en su edad adulta casi no la conocia, ó por mejor decir, sólo la conocia con el falso y calumnioso semblante con

<sup>1</sup> Afirmalo D. Adolfo de Castro en el *Discurso preliminar á su Coleccion de Filósofos*, tomo LXV de la Biblioteca de Rivadeneyra.

<sup>2</sup> Vivía en Meung.

<sup>3</sup> Era el de Orleans.

<sup>4</sup> *El Evangelio en Triunfo ó Historia de un filósofo desengañado*. Tercera edicion.... En Valencia, en la imprenta de Joseph de Orga, Año MDCCXCVIII. Tomo I, pág. VIII.

que la pinta la iniquidad sofistica..... Un infortunio lo condujo á donde pudiese escuchar las pruebas que persuaden su verdad, y á pesar de su oposicion natural, y lo que es más, de sus envejecidas malas costumbres, no pudo resistir á su evidencia, y despues de quedar convencido, tuvo valor con la asistencia del cielo para mudar sus ideas y reformar su vida <sup>1</sup>».

Dudar de la buena fé de estas palabras y atribuir las á interés ó á miedo, seria calumniar la naturaleza humana, mentir contra la historia, y no conocer á Olavide, alma buena en el fondo y de semillas cristianas, aunque hubiese pecado de vano, presumido y locuaz.

No dudo, pues (aunque lo nieguen los viejos por la antigua mala reputacion de Olavide, y lo nieguen algunos modernos, por repugnarles que el espectáculo de la libertad revolucionaria fuera bastante medicina para curar de su envejecida impiedad á un filósofo incrédulo, víctima de los rigores inquisitoriales), no dudo, repito, que la conversion de Olavide fué sincera y cumplida, y no una añagaza para volver libremente á España. Léase el libro que entonces escribió, *El Evangelio en Triunfo ó historia de un filósofo desengañado*, donde si la ejecucion no satisface, el fondo por lo ménos es intachable, sin vislumbres, ni aun remotos, de doblez é hipocresía. Ya lo veremos al analizar más adelante esta obra, entre las demás impugnationes españolas del enciclopedismo. Dicen, y con alguna apariencia de razon, que expone con mucha fuerza los argumentos racionales de los incrédulos, y que se muestra flojo en la defensa, acudiendo á razones históricas ó á impulsos del sentimiento, pero esto no arguye mala fé, sino medianía de entendimiento, como la tuvo Olavide en todo, y poca habilidad y muy escasa teología, que él reconoce y deplora. Así y todo, á fuerza de ser tan buena la causa y tan firme el arrepentimiento del autor, no ha de tenerse por vulgar su libro, y fué además buena obra, por ser de quien era, volviendo al redil mucha oveja descarriada.

Del éxito inmediato tampoco puede dudarse: publicada en Valencia en 1798 sin nombre de autor, se reimprimió cuatro veces en un año, y llegó hasta el último rincón de España, provocando una reaccion favorable á Olavide. De ella participó el egrégio inquisidor general D. Francisco Antonio Lorenzana, y aquel mismo año le permitió volver á España. Llorente dice que entonces le conoció en Aranjuez, y que tendria unos 74 años. Para la mayor parte de los españoles su nombre y sus fortunas eran objeto de admiracion y de estupor. Los

vientos corrian favorables á sus antiguas ideas; pero Dios habia tocado en su alma, y le llamaba á penitencia. Desengañado de las pompas y halagos del mundo, rechazó todas las ofertas de Urquijo y se retiró á una soledad de Andalucía, donde vivió como filósofo cristiano, pensando en los días antiguos y en los años eternos, hasta que le visitó amigablemente (y no digamos que le saltó) la muerte, en Baza, el año 1804, dejando con el buen olor de sus virtudes edificadas á los mismos que habian sido testigos ó cómplices de sus escandalosas mocedades.

Además de *El Evangelio en Triunfo*, publicó Olavide una traduccion de los *Salmos*, estudio predilecto de los impíos convertidos, como lo mostró La Harpe, haciendo al mismo tiempo que Olavide, y en una cárcel no muy distante, el mismo trabajo. Pero en verdad que si La Harpe y Olavide trabajaron para su justificacion y para buen ejemplo de sus prójimos, ni las letras francesas ni las españolas ganaron mucho con su piadosa tarea. Ni uno ni otro sabian hebreo, y tradujeron muy á tientas sobre el latin de la *Vulgata*, intachable en lo esencial de la doctrina, pero no en cuanto á los ápices poéticos. De aquí que sus traducciones carezcan en absoluto de sabor oriental y profético, y nada conserven de la exuberante imaginativa, de la oscuridad solemne, de la majestad sumisa, y de aquel volar insólito que levanta el alma entre tierra y cielo y le hace percibir un como de los sagrados arcanos, cuando se leen los *Salmos* originales. Además Olavide no pasaba de medianísimo versificador; á veces acentúa mal, y siempre huye de las imágenes y de cuanto puede dar color al estilo: absurdo empeño cuando se traduce una poesia colorista por excelencia, como la hebrea, en que las más altas ideas se revisten siempre de fantasmas sensibles. El metro que eligió con monótona uniformidad (romance endecasílabo) contribuye á la prolijidad y al desleimiento del conjunto. No sólo queda inferior Olavide á aquellos grandes é inspirados traductores nuestros del siglo XVI, especialmente á Fr. Luis de Leon, alma hebrea, y tan impetuosamente lírica cuando traduce á David, como serena cuando interpreta á Horacio. No sólo cede la palma á David Abenatar Melo y otros judíos, crudos y desiguales en el decir, pero vigorosos á trechos, sino que dentro de su misma época y escuela de llaneza prosáica, queda á larga distancia del sevillano Gonzalez Carvajal, no muy poeta, pero grande hablista, amantado á los pechos de la magnífica poesia de Fr. Luis de Leon, que le nutre y vigoriza y le levanta mucho cuando pensamientos ajenos le sostienen. Á Olavide ni siquiera llega

á inflamarle el calor de los libros santos. Véase algun trozo de los mejores. Sea el *Psalmo 109: Dixit Dominus Damino meo*:

Dijo el Señor al que es el Señor mio:

Siéntate á mi derecha, hasta que haga,  
Que puestos á tus piés tus enemigos,  
Servir de apoyo puedan á tus plantas.

Hará el Señor que de Sion Augusta  
De tu inclita virtud salga la vara,  
Que en medio de tus mismos enemigos,  
Los venza, los domine y los abata.

Esta vara es el cetro de tu imperio,  
Y lo empuñó tu mano soberana,  
Cuando todo el poder, toda la gloria,  
De mi eterna virtud mi amor te pasa,

En medio de las luces y esplendores  
Que en el cielo á mis Santos acompañan,  
Pues te engendré en mi seno antes que hiciera  
Al lucero magnífico del alba.

El Señor lo afirmó con juramento,  
Y nunca se desmintió su palabra:  
Tú eres (le dice) Sacerdote eterno,  
Melchisedech el órden te prepara.

El Señor que te tiene á tu derecha,  
En el día fatal de su venganza,  
Redujo á polvo y convirtió en ceniza  
Á los más grandes reyes y monarcas.

Juzgará las naciones. De ruinas  
Al universo llenará su saña,  
Porque destrozará muchas cabezas,  
Que su ley violan y su culto atacan.

En el torrente que el camino corta  
Se detendrá para beber de su agua,  
Y por eso de gloria revestido,  
Alza la frente y su cabeza exalta<sup>1</sup>.

<sup>1</sup> *Salterio Español, ó Version Para frástica de los Salmos de David, de los Cánticos de Moisés, de otros Cánticos, y algunas oraciones de la Iglesia en verso castellano, á fin de que se puedan cantar. Para uso de los que no saben latin. Por el autor del Evangelio en Triunfo. En Madrid en la imprenta de Don Joseph Doblado. Año MDCCC (1800). 4.º XIX más 491.*

Esta version fué muy popular así en España como en América. Hay una reimpression de ella, hecha en París, (1850, librería de Rosa y Bouret); y del mismo *Miserere* y del *De Profundis* existe

Además de los Salmos, tradujo Olavide todos los *Cánticos* esparcidos en la Escritura, desde los dos de Moisés, hasta el de Simeon, y también varios himnos de la Iglesia, v. gr., el *Ave Maris Stella*, el *Stabat Mater*, el *Dies Irae*, el *Te Deum*, el *Pange lingua* y el *Veni Creator*: todo ello con bien escaso número. Y ojalá que se hubiera limitado á traducir tan excelentes originales; pero desgraciadamente le dió por ser poeta original, y cantó en lánguidos y rastreros versos parecidos *El Fin del hombre*, *El Alma*, *La inmortalidad del alma*, *La Providencia*, *El amor del mundo*, *La Penitencia* y otros magníficos asuntos hasta diez y seis, coleccionados luego con el título de *Poemas Christianos*<sup>1</sup>. Olavide *serpiti humi* en todo el libro: válgale por disculpa que quiso hacer obra de devoción y no de arte: para eso anuncia en el prólogo que ha desterrado de sus versos las *imágenes* y los *colores*. Así salieron ellos de incoloros y prosáicos. El desengaño le hizo creyente, pero no llegó á hacerle poeta. Increíble parece que quien había pasado por tan raras vicisitudes y sentido tal tormenta de encontrados afectos, no hallase en el fondo de su alma alguna chispa del fuego sagrado, ni se levantase nunca de la triste insipidez que denuncian estos versos, elegidos al azar, porque todos los restantes son de la misma ralea:

En la tierra los míseros mortales  
Están llenos de penas y de males,  
Que el turbulento mundo les produce,  
Y con todo este mundo les seduce.  
Á muchos atormenta, á otros engaña,  
Ó bien los alucina, ó bien los daña.  
Á unos trata con ásperos rigores,  
Á otros vende muy caros sus favores,  
Y estos mismos favores que les vende,  
Los trueca presto en mal que los ofende.

Harto nos hemos alejado del asunto para completar la monografía de Olavide. Fuera del suyo, son muy escasos los procesos de enciclopedismo en tiempo de Carlos III. Recordemos, no obstante, el del

una edición suelta: *Version parafrásica del Salmo 50 «Miserere» y 129 «De Profundis» por el autor del Evangelio en Triunfo*, reimpresa por su devoto. (Vid. Vera é Isla) *Noticia de las versiones poéticas del Salmo Miserere* (Madrid, Fuentenebro 1879), págs. 198 á 201.

<sup>1</sup> *Poemas Christianos*, en que se exponen con sencillez las verdades más importantes de la Religión, por el autor del Evangelio en Triunfo. Publicados por un amigo del autor. Segunda edición en Madrid, en la imprenta de Joseph Doblado. 4.º X más 377 págs.

Arcecano de Pamplona, D. Felipe Samaniego, caballero de Santiago y Consejero, que invitado á asistir al *autillo* de Olavide, entró en tales terrores, que al día siguiente se denunció con toda espontaneidad, como lector de gran número de libros vedados, especialmente los de Hobbes, Espinosa, Bayle, Voltaire, Diderot, D'Alembert, Rousseau y otros, que le habían hecho caer en un absoluto pironismo religioso. Pidió misericordia, y ofreció para en adelante no desviarse un ápice de la verdad católica. Se le absolvió de las censuras, *ad cautelam*, despues que confirmó con juramento su declaración, y presentó al Santo Tribunal una lista circunstanciada de las personas que le habían facilitado los libros, y de aquellas otras con quien había tenido coloquios sobre semejantes novedades, y que parecían inclinarse á ellas. Denunció, entre otros, al general Ricardos (despues conde de Truillas y héroe de la primera campaña del Rosellon), al general D. Jáime Masones de Lima, al conde de Montalvo, embajador en París y hermano del duque de Sotomayor, á O'Reilly, Lacy y el conde de Riela (ministro que fué de la Guerra en tiempo de Carlos III), y finalmente, al duque de Almodóvar, de quien tornaremos á hablar por su traducción de Raynal y su *Década Epistolar*. En ninguno de estos procesos se pasó de las primeras diligencias, ora por falta de pruebas, ora por debilidad del Santo Oficio. Sólo el matemático D. Benito Bails<sup>1</sup>, ya muy anciano y achacos, estuvo algun tiempo en las cárceles secretas, asistido por una sobrina suya. Se le acusaba de ateo y materialista, y él se confesó reo de vehementes dudas sobre la existencia de Dios y la inmortalidad del alma. En vista de lo sincero de su arrepentimiento y del mal estado de su salud, fué absuelto con penitencias, y se le dió su casa por cárcel, con obligación de confesar en las tres Pascuas del año. Esta sencilla relación, que tomamos de Llorente<sup>2</sup>, dice bien claro que no fué el motivo de la persecucion de Bails su discurso sobre policía de cementerios, como generalmente se afirma.

En tiempo de Carlos IV, fueron vanos é irrisorios todos los esfuerzos de la Inquisición, minada sordamente por el jansenismo de sus principales ministros. Todavía el Cardenal Lorenzana tuvo en 1796 el valor laudable de admitir tres denuncias que otros tantos frailes le presentaron contra el príncipe de la Paz como sospechoso

<sup>1</sup> Sus *Elementos de Matemáticas* (en diez tomos en 4.º, impresos desde 1772 á 1783), escritos por encargo de la Academia de San Fernando, no pasan de un arreglo bien hecho de varios tratados extranjeros, especialmente del de Mr. Bézout.

<sup>2</sup> Llorente *Histoire Critique de l'Inquisition*, tomo II, págs. 425 á 427, y 549 á 551.

de bigamia y ateísmo, y pecador público y escandaloso. El Arzobispo de Sevilla D. Antonio Despuig y Dameto (famoso como arquólogo y fundador del museo de Raxa) y el Obispo de Ávila Muzquiz, confesor de la reina, juntaron sus esfuerzos contra el privado, y acabaron de persuadir á Lorenzana sus esfuerzos contra el privado, y acabaron de persuadir á Lorenzana (varon virtuoso y muy docto, pero que pasaba por tímido é irresoluto) á emprender la instruccion secreta, que debia preceder al mandamiento de prision. Llorente <sup>1</sup> refiere (aunque su narracion parece novelesca y poco creible) que Bonaparte interceptó en Génova un correo de Italia, en que venian cartas del Nuncio Vincenti al Arzobispo Despuig sobre este negocio, y que deseoso de congraciarse con Godoy, las puso en sus manos por medio del general Pérignon, embajador de la república francesa en Madrid. A consecuencia de ésto, fueron desterrados de España Lorenzana, Despuig y Muzquiz, en 14 de Marzo de 1797, con el irrisorio pretexto de mandarlos á consolar á Pio VI. Lorenzana murió en Roma, despues de haber mostrado magnificencia digna de un príncipe italiano del Renacimiento, en costear las ediciones críticas que hizo el Padre Arévalo de San Isidoro, de Prudencio, de Draconio y de otros monumentos de nuestra primitiva Iglesia. Nunca logró volver á España: se le obligó á renunciar la mitra, y le sustituyó el infante D. Luis de Borbon.

Si Godoy no pasaba por católico, mucho ménos Urquijo, de quien queda hecha larga memoria en el capítulo anterior. Su infeliz traduccion de *La muerte de César*, tragedia de Voltaire, y algunas proposiciones del discurso que la antecedia sobre la *influencia del teatro en las costumbres*, llamaron la atencion del Santo Oficio, que le declaró *levemente sospechoso* de incredulidad y escepticismo, y le absolvió *ad cautelam* en una *audiencia de cargos*, exigiéndole que consintiese en la prohibicion de la tragedia y del *discurso*. El edicto tiene la fecha de 9 de Julio de 1796, y en él no se nombra para nada al traductor, que á la sazón estaba en candelero.

Urquijo se vengó más adelante del Santo Oficio, mermando de cuantas maneras pudo su jurisdiccion, y sustrayendo de su vigilancia (por decreto de 11 de Octubre de 1799) los libros y papeles de los cónsules extranjeros que moraban en los puertos y plazas de comercio de España. A cuyo decreto restrictivo dió márgen un allana-

<sup>1</sup> *Histoire Critique*..... tomo IV, págs. 119 á 121. Más verosímil es lo que dice D. José Pressa en su opúsculo *Pintura de los males que ha causado á la España el gobierno abolido* (Burdos, 1827) págs. 10 y siguientes. De su relato se infiere que la carta interceptada era de Lorenzana al Papa, pidiéndole consejo sobre el modo de proceder en aquel arduo proceso.

miento de domicilio verificado por los inquisidores de Alicante, en el consulado de Holanda, para recoger los libros prohibidos que tenia entre los suyos el finado cónsul de aquella plaza D. Leonardo Stuck <sup>1</sup>.

### III.—EL ENCICLOPEDIISMO EN LAS SOCIEDADES ECONÓMICAS.—EL DOCTOR NORMANTE Y CARCAVIELLA.—CARTAS DE CABARRÚS



A Economía Política, en lo que tiene de ciencia séria, no es anti cristiana, como no lo es ninguna ciencia, pero la Economía Política del siglo pasado, hija legítima de la filosofía materialista que más ó ménos rebozada lo informaba todo, era un sistema utilitario y egoista con apariencias de filantrópico. Y aunque en España no se mostrase tan á las claras esta tendencia como en Escocia ó en Francia, debe traerse á cuento la propagacion del espíritu económico, porque en medio de aquellas candideces humanitarias y sándios idilios, y en medio tambien de algunas mejoras útiles y reformas de abusos que clamaban al cielo, y de mucho desinteresado, generoso y simpático amor á la prosperidad y cultura de la tierra, fueron en más de una ocasion los economistas y las Sociedades Económicas excelentes conductores de la electricidad *filosófica* y revolucionaria, viniendo á servir sus juntas de pantalla ó pretexto para conciliábulos de otra índole (segun es pública voz y fama), hasta convertirse algunas de ellas, andando el tiempo, en verdaderas *lógicas* ó en sociedades patrióticas. Con todo eso, y aunque sea discutible la utilidad directa ó remota que las Sociedades Económicas ejerciera difundiendo entre

<sup>1</sup> Llorente (tomo IV, págs. 105 á 114) habla largamente de Urquijo, poniéndole en las nubes. Compárese con lo que dice en sus *Memorias* el Príncipe de la Paz.

Aparte de los ya citados hubo otros procesos de ménos cuenta, por acusacion de materialismo é impiedad. Uno poseo, formado por la Inquisicion de Sevilla en 1776, é un médico de Cádiz, llamado D. Luis Castellanos. Se le acusó, entre otras, de las siguientes proposiciones:

«Que nuestra Religion católica no era la más perfecta, pues en cualquiera otra se pueden salvar los hombres sin el conocimiento de nuestro interior.

«Que no habia infierno, demonios ni purgatorio.

«Que nada valia la proteccion de Nuestra Señora.

«Que era tiempo perdido el que se ocupaba en oír misa.

«Que como filósofo no conocia á Dios, y que le pesaba no haber nacido en Londres.»

Lo confesó todo, y abjuró públicamente, con lágrimas y muestras de arrepentimiento, en un auto de fé, celebrado en 30 de Junio del año citado, al cual asistieron el Duque de Medinaceli y otros señores principales é innumerable concurso de gentes. Se le condenó á diez años de presidio en el hospital de Orán. (Papeles que me facilitó D. Adolfo de Castro.)

nosotros, ora los principios *fisiocráticos* de la escuela agrícola de Quesnay, Turgot y Mirabeau el padre (que se hacia llamar ridículamente el *Amigo de los hombres* mientras vivia en continuos pleitos de divorcio con su mujer), ora las teorías más avanzadas de Adam Smith sobre la circulación de la riqueza, es lo cierto que para su tiempo fueron instituciones útiles, no por lo especulativo, sino por lo práctico, introduciendo nuevos métodos de cultivo, perfeccionando, restaurando ó estableciendo de nuevo industrias, roturando terrenos baldíos, y remediando en alguna parte la holgazanería y la vagancia, males endémicos de España. Lo malo fué que aquellos buenos patricios quisieron haccro todo en un día, y muchas veces se contentaron con resultados artificiales, de premios y concursos, mereciendo que ya en su tiempo se burlase de ellos sazonalmente el célebre abogado francés Linguet, azote implacable de los economistas de su tierra y de fuera de ella, poseídos entonces como ahora de ese flujo irrestañable de palabras (calamidad grande de nuestra raza) que no pudiendo ejercitarse entonces en la política, se desbordaba por los amenos prados de la economía rural y fabril. ¡Oh con cuánta razon, aunque envuelta en amarga ironía, escribia Linguet:

«Si España espera repoblar sus campos con las frases disertadas que haya consignado en el papel un agricultor teórico, se engaña grandemente. Si imagina que sus manufacturas van á renacer, porque una muchacha dirigida por un economista entusiasta (en vez de serlo por un confesor) hile en un año dos ó tres libras más que su vecina, no se engaña ménos.... Estos establecimientos son distracciones de la impotencia y no síntomas de vigor. No reparan nada, no sirven para nada, no producen nada más que mal.... El tiempo que se dedica á una teoría es inútil para la práctica.... ¿Qué invencion estimable ha salido de esos registros de sociedades *pro pátria, de Amigos del País, de agricultura, de fomento*, esparcidas por toda Europa?... Los particulares hacen las grandes cosas: las sociedades no hacen más que grandes discursos»<sup>1</sup>.

Apresurémonos, sin embargo, á declarar que no todas las Sociedades Económicas fueron dignas de igual censura, ni mucho ménos todos sus miembros, entre los cuales los habia muy prácticos y muy bien intencionados. Téngase, además, en cuenta que no todo lo que digamos de las Sociedades Económicas ha de tomarse en desdoro suyo, puesto que hubo muchas, sobre todo de las de provincias,

<sup>1</sup> *Anales Políticos*, citados por Sempere y Guarinos, *Biblioteca de Escritores del reino. Lo de Carlos III*, tomo V, págs. 143 á 145.

donde el espíritu irreligioso no penetró nunca ó fueron tenuísimos sus efectos.

No así en la Vascongada, que sirvió de modelo de todas. Dícenos el biógrafo de Samaniego, que «en aquella edad en que la educacion estaba atrasada en España y las comunicaciones con el interior del reino eran difíciles por falta de caminos, los caballeros de las provincias de Álava, Guipúzcoa y Vizcaya, que vivian cerca de la frontera de Francia, encontraban más cómodo el enviar sus hijos á educarse á Bayona ó á Tolosa, que el dirigirlos á Madrid»<sup>1</sup>. Los efectos de esta educacion se dejaron sentir muy pronto. De ella participó el famoso conde de Peñafloreda D. Javier María de Munive é Idiaguez (nació en Azcoitia el 23 de Octubre de 1729), jóven de buena sociedad, agradable y culto, algo erudito á la violeta como lo reconocia y confesaba el mismo con mucha gracia. «Es verdad que he gustado siempre de la lectura, pero tan lejos de oler á estudio, que ha sido sin sujecion, método ó cosa que lo valga, á pasar el rato y no más. Prueba de esto es que en mi vida he concluido juego entero de libros, sino es la *Historia del pueblo de Dios*, la de *Don Quijote* y las *Aventuras de Telémaco*: todo lo demás ha sido pujos y picando aquí y allí. La mesa de mi gabinete suele estar sembrada de libros ascéticos, poéticos, físicos, músicos, morales y romancescos, de suerte que parece mesa de un Gerundio que está zurciendo algun sermón de los retazos que pilla, ya de éste, ya del otro predicable»<sup>2</sup>.

Cuánto adolecia el conde de Peñafloreda de la elegante ligereza y suficiéntisima presuncion de su tiempo, bien lo manifestó dedicando, en son de chunga, un opúsculo «al vetustísimo, calvisimo, arrugadísimo, gangosísimo y evaporadísimo señor, el señor D. Aristóteles de Estagira, príncipe de los Peripatos, margrave de Antiperistasis, duque de las Formas Sustanciales, conde de Antipatías, marqués de Accidentes, baron de las Algarabías, vizconde de los Plenistas, señor de los lugares de Tembleque, Potrilea y Villaveja, capitán general de las cualidades ocultas y alcalde mayor perpetuo de su preadamítico mundo»<sup>3</sup>.

<sup>1</sup> En Santander era frecuente enviarlos á Londres, como yo he notado en la biografía de D. Telesforo Trueba y Costo.

<sup>2</sup> El pasaje anterior está tomado de la *Vida de Samaniego*, que antecede á las *Obras inéditas ó poco conocidas* de aquel insigne fabulista, publicadas por D. Eustaquio Fernandez de Navarrete (Vitoria, imp. de los Hijos de Mantelii, 1866), pág. 11.

<sup>3</sup> *Obras del P. Isla* (ed. Rivadeneyra), pág. 391.

<sup>4</sup> *Los Aldamos Críticos, ó Cartas Críticas sobre lo que se vendió, dadas á luz por D. Roque Antonio de Cagollár*, impreso en Evora, año de 1758. (El pié de imprenta es lúgido: dicen que se imprimió en Valladolid.)